

## COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional Antigua y Moderna

Número 22

San José, Costa Rica

Noviembre 1912

## SUMARIO

Manuel Díaz Rodríguez	<i>Sobre la vanidad y el orgullo</i>
Pedro Emilio Coll . . . . .	<i>El diente roto</i>
Rubén Darío . . . . .	<i>El fin de Nicaragua</i>
Cornelio Hispano . . . . .	<i>Dos poesías</i>
Juan José Lorente . . . . .	<i>La vieja tonada</i>

APUNTACIONES PARA UNA BIOGRAFÍA  
ESPIRITUAL DE DON PERFECTO, CON  
UN BREVE ENSAYO SOBRE LA VANIDAD  
Y EL ORGULLO.

HAY hombres que no tienen sino una sola ventana en el espíritu. Probablemente son aquellos mismos pobres de espíritu a quienes el Evangelio llama bienaventurados, porque de ellos es el reino de los cielos. No tienen más que abrir los ojos para ganar la eterna venturanza. Bástales para eso ver, a través de la única ventana de su espíritu, un paisaje también único. Ni siquiera es un paisaje: es una sola derecha y larga carretera, un solo y nítido camino

real, trivialmente bordado con simétricos jalones de cipreses o de sauces; o menos todavía, quizás una sencilla y vulgarísima línea recta, semejante a la tersa raya con que parte en el somo de la testa su peinado cualquiera pulcro barbilindo.

A uno y otro lado de esa ventana única no hay más ventanas que se abran hacia otros tantos paisajes diferentes, divirtiendo o cautivando el espíritu con sendas tentaciones. Así, libres de tentación, los que tienen una sola ventana en el espíritu no se distraen, y, sin esfuerzo ninguno, sin turbarse jamás, consiguen la bienaventuranza eterna. Fijémonos en que la palabra de Jesús no les promete el reino celestial, sino que en este reino los confirma. En efecto, Jesús no dijo: «bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos *será* el reino de los cielos». El dijo «bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos *es* el reino de los cielos». De modo que los pobres de espíritu, por el mero hecho de ser, ya están gozando de la perpetua bienandanza. Para ellos el reino de los cielos no es difícil conquista por lograr, sino reino ya conquistado que en paz imperturbable se disfruta.

Muchos envidiarán esa ventura tan fácil, pero yo al menos no la envidio. A vivir grasamente en un reino ya conquistado, prefiero yo mismo conquistar mi reino, aunque éste sea el de los cielos, a puros tajos y mandobles. Por eso a los espíritus de una sola ventana, prefiero los que son como una casa de muchos pisos que, en cada piso, tiene ventanas abiertas a los cuatro vientos, o mejor—porque una casa puede ser estorbada por las casas vecinas—como un castillo señorial en medio a una vasta pradera, y con balcones, en cada piso, que dominen los cuatro puntos cardinales. Hasta debe haber en lo más alto del castillo una azotea, para algunas veces otear de ahí o abarcar de una ojeada el horizonte, o para curiosear a ojos desnudos o armados con lentes de astrónomo las estrellas, cuando nos urja el deseo de ver si se nos quiere esconder algo detrás de los rubores de Aldebarán ó detrás de las candideces de Sirio. Quiero, cuando estoy mirando por una ventana de mi espíritu, saber que en ese mismo instante hay, en el punto diametralmente contrario, otra ventana abierta. Así, al cansarme de ver por la primera, descansaré mirando a todo mi talante por

la última, que se podría llamar la ventana de la paradoja. Y, alejándose de la una, mientras van acercándose a la otra, a uno y otro lado de esas dos ventanas extremas, ha de haber otras muchas ventanas, a las cuales pueda arrancar, si se me ocurre, el secreto de su perspectiva. Todo esto, y ya va pareciéndome demasiado, equivale a decir que, estudiado el anverso, es preciso estudiar el envés de las cosas. Después de examinar por un lado el objeto, examinémoslo por el opuesto lado. Y así como con las cosas, con todas las ideas. No me desdeño a ciertas horas de pasearme por los caminos reales bien desembarazados y trilladitos; pero hallo mi esparcimiento mejor en salirme de cuando en cuando del camino real para internarme en las veredas, aunque sólo sea á fin de examinar á dónde éstas conducen, ya serpeen en los barbechos entre pajonales, ya se esquiven culebreando y multiplicándose bajo la espesura de las frondas. Y es probable que en este perenne y tortuoso peregrinar, quizás cuando sigan mis pasos la más oculta y humilde vereda, me encuentre alguna vez con que llevo a mi lado ó más bien por delante, pues en las veredas no es fácil caminar sino de uno

en uno, a un compañero de viaje improviso, e imprevisto. Imprevisto sobre todo para la hipócrita chusma de la clerigalla y los beatos, porque ese mi compañero de viaje improviso muy bien podría ser aquel mismo que se le apareció a Magdalena vestido de jardinero, o aquel otro que desde los floridos vallecitos de la Umbría dilató el reino de los cielos, hasta dar entrada en él, junto a los lirios que no hilan y a los pájaros del campo que no siembran, a la hermana liebre, a la hermana cigarra, y al hermano lobo.

Las precedentes reflexiones, y otras muchas, despuntaron atropellándose dentro de mí, en tanto que me aventuraba en la lectura del último libro de crítica de Don Perfecto Nadie, nombre ya conocido universalmente como pseudónimo del ilustre escritor Don Perfecto Beocio y Filisteo, académico de número de todas las academias de su país, y miembro correspondiente de muchas Academias de Todaspartes.<sup>1</sup> Aun-

<sup>1</sup> En otra página del *Camino de perfección*, dice el Autor: «Don Perfecto vive al mismo tiempo en los más diversos parajes y latitudes, así en Bogotá como en Lima, en Buenos Aires como en México, en la plaza Bolívar de Caracas como en el Suizo de Madrid.»

que ilustre escritor, ya bien cargado de años, tiene don Perfecto sabrosas ignorancias pueriles. Cree que puede ejercerse la crítica de igual modo que se cultiva cualquier otro género de literatura. No advierte que además del imprescindible talento y del espíritu de observación requeridos por los otros géneros, la crítica exige al escritor una vasta y honda cultura científica y literaria. A la crítica no se va sino a través de una larga, lenta y difícil preparación, después de haber adquirido aquella vasta y honda cultura. Sólo en ésta cría alas el crítico, al punto de parecer que va sobre las cosas levemente, superficialmente, apenas rozándolas, cuando está en realidad trayendo afuera el alma de las cosas. Entendido así, el crítico viene a ser idéntico al pensador nietzscheano: es un hombre experto en correr danzando sobre las cumbres y por el borde temeroso de los precipicios. Caerse, no puede: se lo impiden las alas.

La crítica, para don Perfecto, es una especie de vana arquitectura en que entran como argamasa los desechos de las más rancias filosofías, y como ladrillos o piedras algunas pedantescas discriminaciones gramaticales con puros juegos malabares de

retórica. No sospecha que la alta crítica literaria pueda ser la filosofía que se expresa de las letras. Como él apenas ve en la obra de arte una simple imitación, en vez de ver la continuación y la perfección de la naturaleza, menos alcanza a ver en la crítica una continuación y perfección de la obra de arte.

Su concepto filosófico se halla en general divorciado de toda fisiología. En su crítica no se encienden casi nunca las luces del fisiólogo. Y suele, forzosamente, ser víctima de sorpresas ingratas, como se las han procurado, y a cada instante se las procuran, algunas que él tiene por descabelladas y presuntuosas teorías. No se resigna a creer que una misma sensación vaya directamente en un hombre a sacudir el centro nervioso de la reproducción sexual, y en otro individuo cambie de rumbo y se dirija a excitar el centro más noble del sentido estético. Las diferencias del temperamento y de cultura no le parecen bastantes a explicar el fenómeno. Su ingénito pudor se resiste a reconocer, en la causa de la imagen y el acto voluptuosos, la misma causa de la emoción estética, de la desinteresada y pura emoción estética, dispuesta, ya de

una vez, ya repitiéndose muchas veces, a cristalizar en obra de arte.

Al igual de estas irrefutables relaciones de la sensualidad con la obra artística, a su perspicacia escapan otros infinitos parentescos más o menos oscuros de las cosas. No ve gradaciones de color en un trozo de música, ni se aviene a encontrar entre los diversos matices de un mismo color verdaderos acordes musicales. Aunque hubiese contemplado el retrato de Inocencio décimo de Velázquez, no habría visto ni oído en los tres rojos con que Velázquez encuadra y acaba de expresar la psicología de aquel gran mirado inquieto, otras tantas notas de clarín que maravillosamente prorrumpen en un belísono acorde. Tampoco habría percibido una sinfonía perfecta, la perfecta sinfonía del rojo, ante aquella que, con música de fuego inmarcesible, en el *Festín del Epulón* de Bonifazio truena y exulta.

Las analogías y mezclas rayanas en hibridez de las sensaciones de tan diferentes sentidos, así como las analogías y mezclas de las diferentes artes en que cada uno de éstos prevalece, habrán sido ya relegadas por algunos hombres, como tópico exhausto, a los desvanes del muy venerable anti-

cuario don Lugarcomún; pero así y todo, él, don Perfecto, no conviene en admitirlas. Él es hombre de línea recta. No se allana a contentarse con lo relativo de las cosas, y anda armado caballero de lo absoluto. Cada cosa tiene para él su estante, su casilla y su rótulo. A la derecha unas cosas, las otras a la izquierda. De esta suerte no hay perplejidades; no hay dudas posibles. Lo que es de los oídos a este lado, y al otro lo que entra por los ojos. Acá el color, allí la música. Y teorizando así, en medio de una admirable sonrisa enigmática, a un tiempo interrogadora y afirmativa, entre piadosa y malévola, un poco ingenua y un mucho irónica, nombra la *Sinfonía en gris mayor* de Rubén Darío y la *Sinfonía en blanco mayor* de Gautier.

Cada una de sus preocupaciones, o ideas, o manías, como aquella de llamar modernismo y modernista a cuanto no ha comprendido y le parece nuevo, aunque así lo sea como el sol, merece capítulo aparte. Ojalá pueda yo, si el tiempo me alcanza y no me lo estorba lo trágico invisible de la vida, consagrar un capítulo diferente a cada una de sus rarezas intelectuales y morales, de modo que, poco a poco, burla bur-

lando y con deleite, haga mío todo el mérito de haber escrito y coronado la biografía de un hombre tan insigne, cuya vida fecunda, fuerte y serena, es, naturalmente, de una longevidad prodigiosa. Bástame, por ahora, exponer su modo cándido y peregrino de valuar los términos de la lengua. Es tan curioso y peregrino que, a no tratarse de un letrado indiscutiblemente ilustre, como lo es don Perfecto, cualquiera modesto mortal se engañaría hasta caer en la insensata creencia de que el gran don Perfecto no se dignó jamás inquirir lo que es una palabra.

**U**N gran poeta ha dicho de las palabras que son las casas de las ideas. Quizás fuera más exacto decir que son ideas convertidas en casas, ideas que llegaron a concretarse cada cual en su propia arquitectura. La sensación, o más bien una serie de sensaciones, precedió a la idea, y ésta, o una serie de éstas, precedió a la palabra. Consideradas como casas, presentan la variedad infinita de las casas: desde la agreste espelunca del salvaje y el bohío del siervo hasta el palacio del señor. Cada una puede

a su vez por sí sola ofrecernos una gran variedad, pues cada una recibe huéspedes muy distintos, que serían las distintas acepciones, y, según el huésped o el carácter del huésped que momentáneamente la ocupa, cambia de color, de luz y magnificencia. Luego, si reflexionamos en que a su vez cada huésped sucesivamente puede alojarse en un gran número de casas, llegaríamos a construir otra serie más o menos interesante y rica... Y así, de una manera interminable.

Mas, aunque en las casas quepan diversas personas y desemejantes vidas, aunque en ellas resuenen fiestas de más o menos rumbo, es más lógico y natural ver en las palabras organismos verdaderos. Las palabras, en efecto, son individuos organizados, diminutos, leves y armoniosos. Además de su arquitectura, que la llevan en sus formas y líneas, tienen perfume y color, sonido y alma. Se mueven como se mueven los pájaros, con toda la gracia de la vida. Son ligeras como los pájaros, y a veces pesan con abrumadora pesadumbre. Cada una posee su genio, su índole peculiar; pero cambian de humor como las gentes.

Don Perfecto no las ve así: él, si las ve,

es a lo sumo como sardinitas exánimes, inmóviles, cogidas por sorpresa en las implacables redes del diccionario. Él tiene su punto de vista: Las palabras, en verdad, son la invención y el instrumento necesarios del vulgo, y él, don Perfecto, se halla muy por encima del vulgo. Cuanto al diccionario, ya es diferente, porque el diccionario es al mismo tiempo su padre, su hijo y su novia, sobre todo su novia. Sus relaciones con el diccionario, sellado tabernáculo de su fe, resumen de sus amores, colman aquel dulce capítulo de su vida que se podría intitular *los idilios de don Perfecto*. No ha sido, pues, de sus funciones la de hacer la lengua, que es función del vulgo: la suya ha sido hacer el diccionario. Por tanto, a menos de empequeñecerse y humillarse, él no asigna a las palabras otro valor fuera de aquel que su diccionario les atribuye. Para él están muertas, o no les concede más alma y vida que a sardinitas enredadas en la malla pescadora. Tal vez le gustaría que les viniesen aún más ajustados y estrechos los hilos de la malla a esas breves criaturas indóciles que, en su desesperada aspiración al aire y a la luz, brincan, danzan y se escabullen más fácilmente que los peces, por-

que no están hechas como los peces de carne gofa, sino de sutileza y armonía.

Inútil decirle de las palabras que son como casas, o como seres leves y armoniosos. Jamás ha entrado él en una palabra como en un jardín, ni se ha bañado en una palabra como en una fuente, ni ha subido por una palabra como quien trepa un monte, ni se ha asomado a ninguna palabra a vivir un rato siquiera ante la perspectiva de otro mundo.

Paréceme escucharlo: «Palabrería! palabrería! palabrería!» O bien: «Metáforas locas!» Es de insinuársele aquella observación divulgada por el francés Remy de Gourmont, según la cual basta escribir la historia de una sola palabra para haber escrito en gran parte, si no del todo, la historia de la humanidad entera. Podría insinuársele, convidándolo a meditar, por ejemplo, sobre la palabra *amor*: a recapacitar sobre cuántas cosas caben en esta palabra corta de sílabas, así de las cosas del hombre como de las que están fuera del hombre; y a reflexionar sobre cuánta luz y cuán diversa puede de esta sola palabra expresarse, que es tanta y tan diversa como para alzar una espléndida y gloriosa ar-

quitectura de luz, yendo de la luz que despide una pobre llama rastrera, o el áurea chispa del cocuyo, hasta la luz que proviene del más divino encendimiento seráfico.

También podría insinuársele... Pero todo ello sería como abrirle a don Perfecto otra ventana en el espíritu, y él no quiere sino ver por una sola ventana, para que no lo turbe la añagaza de las tentaciones, y en apacible dulzura gozar del reino de los cielos. Además, la empresa de abrirle otra ventana en el espíritu sería, para quien la acometiera, sobradamente peligrosa. Aun sin dirigirme a él en particular, y sólo por la mala costumbre mía de pasar de cuando en cuando por encima de sus léxicos, más de una vez, y no sé si para mi fortuna o mi desgracia, he provocado su estupor, deshecho incontinenti en los rayos de su ira. La última vez fué por haberme yo complacido en marcar con extremosa complacencia en uno de mis humildes librecitos, la antítesis que hay entre la vanidad y el orgullo. Don Perfecto la tiene por de mi personal invención: creo que ilustres autores la establecieron de antaño. La cuestión se reduce a que la mencionada antítesis infringe la ley, va contra la regla, viola el sancta-sanctorum.

Porque su diccionario, haciéndose apenas eco de un uso vulgarísimo, recogiendo sólo de esas palabras la paupérrima significación que tienen en la jerga familiar y en ciertas bocas de clérigos, las encadena y acopla miserablemente en la más baja sinonimia. Sin embargo, el mismo diccionario, cuando a la palabra *orgullo*, y después de apuntar esta absurda sinonimia, dice: «exceso de la propia estimación que es a veces disculpable por nacer de nobles causas», percibe, o medio percibe la verdad, más no la expresa. Virtuoso y noble, siempre lo es el orgullo. Y perdóneme o no don Perfecto, abrázame o no con la hoguera de su ira, yo, pecador de mí, sigo creyendo que vanidad es tan sinónimo de orgullo, como igual es lo que reluce y nada pesa á lo que, si momentáneamente puede no relucir, siempre y mucho pesa, porque es oro.

§ LA vanidad vive de afuera; el orgullo, de adentro. Mientras la primera no supone absolutamente nada, el otro supone siempre algo. Podría simbolizarse la primera en la figura de una vejiga vacua; en tanto que el otro, si lo figuramos también co-

mo una vejiga, siempre será con algo por dentro. La primera no tiene punto de apoyo, porque no es ningún punto de apoyo la vacuidad; en cambio, el otro lo tiene en un valor consciente y efectivo, mérito o como quiera llamársele, es decir en algo sólido, evidente, indisputable y seguro.

La vanidad vive y se alimenta del aplauso, de la estima y opinión de los otros; el orgullo no los ha menester: acepta, sí, el aplauso y la estima y opinión de los otros, pero bajo beneficio de inventario. El vanidoso, en definitiva, es un reflejo de los demás, al punto de poderse decir que su yo no está en él, sino en los otros; al contrario, quien posee el orgullo se da el soberano deleite de siempre ser él mismo. Al primero, los aplausos lo aumentan y exaltan, y la diatriba lo amilana y disminuye; al segundo, nada lo deprime ni exalta, nada lo acrecienta ni merma. El que padece vanidad y se oye decir maestro, siendo nulo, abre con más fuerza las fauces como voraz Minotauro incontenible. En la misma situación, el orgulloso, que examina con limpieza dentro de sí, y no mira a ningún maestro, decapita fríamente el aplauso. Y así con la diatriba: cuando es exagerada, el

orgullosa la descorona con instantánea precisión quirúrgica.

En suma, la vanidad se reduce a la casi siempre excesiva y siempre autojadiza y arbitraria estimación ajena, mientras el orgullo viene a ser la justa y bien ponderada estimación de sí propio. Se dirá que tan delicada y fina estimación de sí propio debe de ser muy rara. Desde luego, se requiere el conocimiento de sí mismo, que es como cualquier conocimiento, relativo y difícil de lograr como cualquiera otro. El orgullo anda a veces mezclado con su poquito de vanidad, y entonces la estimación de sí propio deja de ser bien ponderada y justa, para hacerse excesiva; o al contrario, puede más bien quedarse corta, como sucede en algunos hombres tímidos, faltos o escasamente provistos de confianza en las propias fuerzas, de esa virtud base del carácter, como ya lo apuntó Gracián y después lo dijo Emerson. Pero si anda a veces con máscara de vanidad, o tullido de timidez, también se puede hallar exento de malas ligas, como un oro de buena ley resplandeciente y puro. El símbolo de su perfección es el diamante de aguas cristalinas. Eso es el orgullo: un ingenuo diamante. O bien fué siempre de

aguas cristalinas o bien la vida, que es el mejor lapidario, lo perfecciona, desembarazándolo de timidez, limpiándole de vanidad, hasta que alumbra como una estrella. Y entonces, para conocerlo, cualquiera corazón sencillo es competente lapidario.

No necesita el vanidoso pensar o hacer, ni le importa sino que los otros imaginen que él hace y piensa, a semejanza de aquel protagonista del *Diente Roto* de Pedro-Emilio Coll que sin pensar jamás ni pizca, sólo porque los otros creían que pensaba, alcanzó a los más altos puestos y honores de la república.<sup>1</sup> Por eso es, entre los llamados arribistas un tipo corriente el vanidoso, mientras que un héroe de orgullo sería, caso de encontrarse entre ellos, verdadera monstruosidad o inverosímil hallazgo. En el innumerable tropel del arribismo no se entra sino desacostumbrándose de pensar y de hacerlo todo por sí, deponiendo el carácter, ocultando y aun cediendo la personalidad, y a tanto, ni tan fácilmente, no se aviene el orgulloso. Nunca deja de ser él mismo. Al revés de quien padece vanidad,

---

<sup>1</sup> Véase *El diente roto* en otra parte de este Epítome.

él, sin importársele nada de cuanto los otros digan de él, obra o piensa. Bebe en su vaso, como dijo uno, o labra figulinas o estatuas como hacen otros, o por lo menos trabaja pulcra y noblemente su vida. Si no tiene otra cosa, trabaja su propio corazón como un jardincito que todo se llenará de claveles. Claveles de sangre, que son los que huelen mejor, porque *la sangre es espíritu*, y el espíritu se vuelve perfume. No pretende ser más que nadie, ni siquiera igual a nadie, como acaece al vanidoso. No pretende más ni menos que siempre ser él mismo. Y no es que desea ser diferente de los otros, sino que, sin él mismo desearlo, se marca diferente.

Así como cada hombre tiene para distinguirse de los otros una fisonomía corporal, también tiene una fisonomía espiritual diferente, su estilo, dando á esta palabra, no la restricta significación que encierra aplicada a un escritor o un artista, sino otro sentido muy más amplio, como para que en ella puedan entrar con holgura las diversas jerarquías de hombres, todos los hombres. Porque todos tienen su estilo, y muchos dan con él, pero muy pocos adquieren la conciencia de su estilo. Eso, la conciencia

del propio estilo, eso es el orgullo. Y orgulloso es aquel en quien amaneció la luz de esa conciencia. Por eso, a la inversa del vanidoso que imita, el orgulloso aparece original sin esfuerzo, de una fluente manera espontánea. Buscándolo algunos, la mayor parte sin buscarlo, dan los hombres con su estilo y expresión, como el pájaro canta y el árbol florece.

A aquel árbol que mueve la foxa  
algo se le antoxa.  
Aquel árbol del bel mirar  
face de manyera flores quiere dar:  
algo se le antoxa. <sup>1</sup>

Ignoro si se elevarán alguna vez a la conciencia de su estilo, o si se elevarán apenas a una subconciencia más o menos oscura; pero sí sé que el pájaro, el árbol y todos los seres hallan también su estilo.

Hállanlo, y con divina ingenuidad lo expresan al hallarlo, el bucare, el mango y la palmera; y supongo que el bucare porque dé con su estilo no ha de creerse mejor o peor que los otros, ni tampoco ninguno de los otros debe de creerse mejor o peor que

---

<sup>1</sup> Diego Hurtado de Mendoza.

el bucare. Cada uno da su expresión y estilo sin importársele nada de los demás: la palmera su euritmia y esbeltez que la hacen paradigma y blasón de arquitectura; el mango su follaje, sus hojas nuevecitas de leonado terciopelo, y su carga de frutos en que son claros nuncios de la miel todos los matices del verde, el gualda y el rosa; y por último, el bucare, aunque de cuerpo lleno de feos verrugones, irregular, inharmónico y desgabado, no es menos que la palmera. y, aunque no críe fruto, no es menos que el mango, ni tampoco es más que ellos porque dé vida al café y el café nos la dé a nosotros, ni porque sus flores de púrpura lo vistan con rico paludamento como a un imperator cercado de sus legiones cuando se alza en el centro del cafetal, o abandonado más bien de las mismas cuando surge arrogante y solitario en el centro del barbecho. Y así como pasa con los árboles, pasa con los pájaros e insectos, con todos los seres minúsculos de gracia y armonía, que son y hacen en la naturaleza lo que son y hacen las palabras más puras en la lengua del hombre. El grillo tiene como el ruiñeñor su expresión y su estilo. El uno tiene su violín, si el otro su flauta;

y uno a otro no se envidian, aunque se bañen y den serenata los dos en el mismo claro de luna. El grillo no estorba al ruiseñor, ni el son de su violín estridente cubre aquella voz como de flauta que estuviera encantada en la copa del sauce, del ciprés o la encina.

En todo país y toda época, hay hombres y hay el Hombre; hay artistas y hay el Artista; hay poetas y hay el Poeta; o con más brevedad: hay grillos y hay el Ruiseñor. Y la orquesta innumerable y finísima de los grillos, tejida y entretejida de infinitos violines de grillos, no perturba, antes da inesperado relieve al solo maravilloso de la flauta. El secreto está en contentarse con ser grillo, y en tocar su estrídulo y rústico violincito de grillo a conciencia. El secreto está en que uno arranque al violín su nota, la nota de uno, la nota exclusiva de uno, para de ese modo hacerse irremplazable en la orquesta universal de los hombres, las plantas, las aves y los grillos. El secreto, en una palabra, está en el orgullo. Es el orgullo el que le hace a uno saber que su nota, aunque sea la de un violín de grillo, con tal sea ingenua, será insustituible y necesaria. Por esto, el hombre en quien se

hizo la luz del orgullo, aun reconociéndose y afirmándose distinto, no sólo no se cree más que ningún otro hombre, pero ni tampoco se cree más que el bucare, el ruiseñor o el insecto. Su nota es distinta, sin duda, y en la orquesta complementa otras notas, pero es complementada á su vez por innúmeras notas distintas. Da valor a las demás, pero también lo recibe de ellas. He ahí por qué el orgulloso no puede creerse más que la planta, el ave ó el grillo. Y he ahí cómo, reconociendo en sí mismo el orgulloso a un hermano del bucare, del ruiseñor y del insecto, el orgullo viene a la postre a convertirse, para indecible pasmo de la chusma, en la más perfecta y franciscana humildad, hasta ser, no ya el orgullo y la vanidad sino el orgullo y la humildad los dos términos idénticos de una especie de simple ecuación ideológica.

Es difícil o imposible separar lo que a la humildad pertenece de lo que pertenece al orgullo. En nombre del orgullo no escribe Luis de Granada, cuando parece que lo hace en nombre y defensa de la humildad, contra la vanagloria y la soberbia?: *«Por lo cual si alguna vez los hombres te alabaren y honraren, debes luego mirar si caben en ti*

*esas cosas de que eres alabado, o no. Porque si nada de eso cabe en tí, ninguna cosa tienes de qué gloriarse. Mas, si por ventura cabe en tí, di luego con el Apóstol: Por la gracia de Dios soy lo que soy». «Mira también cuán gran desvarío sea pensar tu valía con el parecer de los hombres en cuya mano está inclinar la balanza a la parte que quisieren y quitarte de aquí a poco lo que ahora te dan, y deshonorarte los que ahora te honran. Si pones tu estima en sus lenguas, unas veces serás grande, otras pequeño, otras nada, como quisieren las lenguas de los hombres mudables. Por lo cual nunca jamás debes medirte por loores ajenos, sino por lo que tú sabes de tí: y aunque los otros te levanten hasta el cielo, mira lo que de tí te dice tu conciencia; y cree más a tí que te conoces mejor, que a los otros, que te miran de lejos, y juzgan como por oídas». Si estos razonamientos a propósito de los ajenos loores los adoptamos también sin variarlos para la diatriba ajena, lo que en la mente de Fray Luis de Granada es una lección de humildad se cambia en una completa lección de orgullo. Ni el orgullo habla de otro modo que la humildad en boca de Fray Luis, ni se pintan con más exactitud, creyendo anotar diferencias entre el humil-*

de y el soberbio, las que hay entre el hombre poseído de vanidad y el hombre sencillamente orgulloso.

El poseído de vanidad no dice como el orgulloso y el humilde: *soy lo que soy*, porque pone su estigma en la lengua de los otros, y anda aparentando lo que los otros quieren que él sea. Cuando se levanta á la mañana y cuando se acuesta por la noche, lo hace preocupado con el pensamiento de si estarán maldiciendo de él sus adversarios o, cosa tal vez mucho peor, de qué estarán esperando de él sus amigos. Desespérase al imaginarse que el olvido, como una vasta campana de silencio, pueda ahogar la música de su nombre. Cuando su nombre padece eclipses, porque no le contentan su flujo de que le hagan caso, como diría Campos, cae en una airada tristeza mortal y habla con grave enojo de las conspiraciones del silencio. Porque lo esencial para él es oirse en la lengua de los otros, que su nombre suene, y para ello, cuando nadie lo suena, se pone él mismo a sonarlo, como tambor de titiritero que provoca y entretiene la malsana alegría de la plaza pública. En la impaciencia del renombre, todos los medios le son buenos para darle a su tam-

bor: hace y dice a destajo, fuera de tiempo y lugar, y su obra, como un fruto cogido en agraz y que se maduró a la fuerza, viene a conformarse a la postre en un enteco y zocato fruto de arribista.

No así el orgulloso: Quiere ser lo que es, no lo que quieren los otros que sea. Básta-le ser él mismo. El vano ruido del nombre no lo preocupa ni halaga. No huye de él, pero no lo persigue tampoco. Sabe que su nombre sonará a su tiempo, cuando él mismo dé su expresión, con o sin esfuerzo de él, fatalmente y a su tiempo debido, así como el árbol da a su tiempo la flor, y ésta cuaja a su tiempo en el fruto. Su obra es como buen fruto en sazón y rico de mieles. Y porque es bueno como el fruto en sazón, es bueno como la miel que, cuando es rica, pausadamente corre de frutos y panales, como pausado corre el buen óleo, y pausado el vino que se acendró y reposó largos años en la sombra y la frescura de la tierra. Y cuando ya ha dado su expresión, su estilo, su obra, el orgulloso dirá apenas para sí, como el humilde de Fray Luis de Granada: *soy lo que soy*. No despliega ninguna rueda de pavón, como hace el vanidoso, para encandilar a los limitados del espíritu.

No se desvanece ni se engríe, como no se engríe el árbol porque da fruto, ni el ruiseñor porque canta, ni la hierba de los campos porque un día amaneció coronada de belleza. Sabe que él es distinto; pero también sabe que no es más ni mejor que la hierba de los campos. Usa de ciertas palabras, como *talento*, *mérito*, *virtudes*, y otras de la misma familia ideal, porque son las que tiene a su alcance, y porque la lengua del hombre no puede expresar todavía ciertos matices, por ser todavía demasiado pobre, siendo sin embargo más rica infinitamente que aquella en que don Perfecto encerró ceñida de bandeletas, como una momia, en la cripta de su diccionario; pero sabe que esas palabras designan, muchas veces, cosas de que no hay por qué engréirse, que pasan fuera de la intervención de la conciencia, manejadas por una fuerza oscura. Adoptadas para significar muchas cosas del hombre, tales palabras nos resultan como si estuviéramos designando con ellas un proceso idéntico al que abarca del nacimiento á la floración de cualquiera hierbecita. Una semilla vino de cualquier parte á caer en tierra abonada: un beso de lluvia, otro beso de sol, y los ojos del hombre ven

subir en el aire un trémulo tallo de hierba. Luego, en la cima del tallo prende una estrella de cinco pétalos de oro, y esa es la margarita de oro de nuestros campos. Hay en esto por ventura algo de qué envanecerse? Pues lo mismo sucede en las cosas del hombre.

La humildad y el orgullo son como dos hermanos gemelos en quienes el sexo fuera lo único distinto. Así, podría decirse del orgullo que es una humildad que, tomando conciencia de sí, despierta con ímpetus de varón; y de la humildad, que es un orgullo que se afemina y se da como amorosa doncella.

El primer acto de aquella humildad que se paseó como dulce doncella amorosa por los montes y vallecitos de Umbría fué el más noble y divino arranque de orgullo. Cuando Francisco de Asís da la espalda a la casa paterna, dice o parece decir al padre, a quien deja atrás: *quédate ahí, oh mi señor padre y mercader, quédate ahí, oh meser Pier Bernardone con tu riqueza, que yo no la necesito. Guarda tu oro, aunque por tuyo lo sea también mío, porque esta verdad he descubierto: que no es el oro quien me da realce a mí, sino yo quien le*

da realce al oro. El rico, harto de bienes, que anda siempre desalado y se desvela y desvive por conservar intacta su fortuna, si no para acrecerla, es un vil esclavo del oro. El pobre, harto de estrecheces y angustias, que anda siempre desalado, y se desvela y desvive por conseguir la riqueza, para luego hacer como el rico, es también un vil esclavo del oro. Este pobre en su estrechez y aquel rico en su abundancia fraternizan bajo el yugo de una misma esclavitud, porque son igualmente esclavos del oro. No quiero ser como ellos un esclavo, sino un hombre libre.

Sólo con este grito, el más entero grito de orgullo que haya salido de labios mortales, puede en mi opinión traducirse aquel primer acto de Francisco de Asís, aquel su primer paso en la santidad, que fué abrazarse para toda su vida con la pobreza. Porque su pobreza no guarda semejanza con ninguna otra; no se deja confundir con la de ningún otro santo de esos que, en libros devotos y en el santoral de la Iglesia y en los mismos altares, de tan inmerecido enorme crédito disfrutaban. Su pobreza no es la que se cae a pedazos porque la roe la inmundicia; la que se viste de una sola negra

saya de mugre, hasta hervir en gusanos y piojos; la que es podre, horrura, escara, piltrafa y horror de pestilencia. Su pobreza no es la del cura de Ars, ni la de Benito José de Labre, que sólo puede ser cosa de santidad y beatitud en la escatológica imaginación de alguna histérica beata. No: su pobreza no es montón de podredumbre. No es ni siquiera simple sierva desaseada. Ni desaseada, ni sierva: doncella pobre sí, pero muy de bien, que se lava las manos del sudor de la faena, y se lava los pies del polvo de la ruta, y, después de haberse lavado, entona alguna laude gentil en honor de sor Agua, que es *utilísima y humilde, casta y preciosa*.

No significa sucedumbre, ni es tampoco la alcahueta de la poltronería. No es pobreza holgazana como la de aquellos *fraticelli* que infestaron después los caminos de Italia, desacreditando y oscureciendo la claridad y el espíritu seráficos de la Orden. El único hermano que Francisco arrojó de su comunidad fué aquel novicio a quien el Santo llamaba, según la exquisita crónica de los *Fioretti*, el hermano mosca, porque vivía sobre los otros y de los otros, molestandoles en cuanto hacían y aprovechándoles

se a la vez de lo que hacían, como un parásito. «Véte, hermano mosca — decía al novicio que no pensaba sino en comer y en sestear a la sombra después de la comida— porque hace tiempo que vives a la manera de los zánganos, que no hacen miel y devoran la que hacen las abejas». En esto vemos cómo su pobreza no vive a lo parásito, sino a lo hombre. No desaconseja el trabajar, antes la predica, valiéndose del sermón y del ejemplo. La única diferencia está en que su trabajo no es el trabajo como lo entiende la mayor parte de los hombres que se dicen cristianos, el trabajo desatentado y loco por atraerse y conservar la fortuna, sino aquel otro mesurado y justo que un hombre requiere para sostenerse libre. Trabaja, pero no al punto de que entullecen y se envaren las manos tendidas en el ansia de la posesión; trabaja, pero no en tal guisa que el espíritu se colme de bajas preocupaciones y miserias, de tristezas malas, de envidias y rencores discretos — más terribles cuanto más discretos — de todas las durezas y fealdades con que el inmoderado deseo del oro lo ensucia: Las manos han de moverse libres, para que se hallen en toda ocurrencia dispuestas a la obra; y el espíri-

tu ha de estar también desahogado y libre, para que pueda en todo momento abrirse al amor y a la verdad, cuando éstos quieran asentarse en él y enseñorearse de él con indisputable señorío. Trabaja, pero no acumula imbécilmente, ni tampoco imbécilmente desprecia el oro por el oro, como creen algunos. Y puesto que trabaja y ordena trabajar, la pobreza franciscana mira en el oro un bien, pero un bien como otro cualquiera de los bienes del hombre, tan frágil y tan sujeto a pervertirse, que siendo un bien, puede en la ocasión hacerse un mal, o, peor todavía, el Mal. Sin duda lo considera un bien; mas de ningún modo como un fin, y mucho menos como el fin supremo y único, según hace el arribista. Ve en el oro, cuando más, un buen medio para enderezarse descansadamente a fines mejores.

Cuando se ve en el oro un fin, y sobre todo el fin supremo y único, el amor al oro y a cuanto es al oro atañadero se desfigura y crece como una lepra monstruosa, hasta sofocar la acción o la idea predominante que hay en toda vida humana. Crece como una lepra y se interpone como un obstáculo invencible entre el hombre y su ideal, es

· decir entre el juez y la justicia, entre el soldado y el heroísmo, entre el sabio y la verdad, entre el artista y la belleza, o entre el hombre oscuro y su honra, cuando se trata de una oscura vida humana sin más tesoro ideal que el de la honra. Algunas veces, no sólo se interpone entre el hombre y su ideal, impidiendo al hombre la clara visión de su ideal, sino que socava a éste para derrumbarlo y sustituirsele. En ambos casos, el hombre que fué, o pudo ser, noble cultivador de un ideal, degenera en vano arribista, y su obra, aunque en apariencia esté madura, es pálida y sin sabor como el fruto desmedrado.

Así, la pobreza franciscana, además de ser la clara enseñanza que es para quienes en el sagrado de la Orden se refugian, encierra para todos los hombres una enseñanza mejor, no menos trasparente y de imponderable fuerza idealista. Puede condensarse en un consejo heroico, bueno para sostener a los fieles cultivadores del ideal en aquellos momentos de suprema angustia en que el ideal se les pierde de vista, que es como si se perdieran de vista a sí mismos, porque se dejaron extraviar y desvanecer de la riqueza. Tal consejo es el que

nos manda a ver en la riqueza, y en cuanto a ella sirve de necesaria añadidura, algo que se toma o se tira, que se guarda o se aleja, que se conserva o se aparta, como la cómoda ropilla de interior que uno viste y se desviste con desenfadada indiferencia o, para hablar más bellamente, en el hondo y bello lenguaje del Santo, con perfecta alegría.

Seguir semejante consejo supone orgullo, supone haber alcanzado a la conciencia del estilo, como el santo de Asís cuando se abrazó con la pobreza. Al sacudir la tiranía del oro, como el símbolo y compendio de todas las vanidades y tiranías a que se abaten los hombres de almas de siervos, él, después de haberse encontrado, se afirmaba a sí mismo. Despojaba su vida de lo accesorio, hasta no dejarle sino la esencia, para quedarse a solas con su ideal de santidad, a solas consigo mismo como un hombre libre; porque sólo es verdadero hombre libre, aunque entre cadenas miserablemente yazga, el que tiene el fuerte y divino don del orgullo. «Mi cuerpo estará cautivo, pero mi espíritu anda libre y estoy contento» decía Francisco de Asís, mientras fué prisionero de guerra en Perusa.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Gebhart (*Los leprosos de Agubbio*).

Desde su abrazo con la pobreza, lección de orgullo la más alta que recibieran los hombres, fué su vida, como la de un hombre ya verdaderamente libre, una fresca sonrisa abierta bajo el cielo, sobre las campiñas en flor de Italia. En posesión de la conciencia de su estilo, vió que todos los seres también tienen el suyo, y que muy a propósito lo expresan, sin cometer yerro de tiempo y de lugar; su alma rebosó pronto en cánticos de alabanza al agua y al fuego y a todas las criaturas; y fué el hermano de la alondra y la golondrina, de la cigarra y la liebre, de la ovejuela y el lobo. Los arrestos arrogantes del mancebo que poeta-ba a la manera de Provenza, desmayaron en languideces de pucela enamorada y rendida; el orgullo se redujo por sí mismo y dulcemente; y quedaron los dos términos de nuestra simple ecuación ideológica, la humildad y el orgullo, refundidos en la única cifra de amor de la vida franciscana. Quién, tratándose de esta vida, podría decir dónde acaba el orgullo y dónde la humildad empieza? Quién podría en esa vida separarlos o deslindarlos bien, a menos de no partir la misma vida en dos, como pudiera partirse en dos un claro diamante pu-

ro? Y nada se conseguiría con ello, porque las dos porciones de un diamante partido siguen teniendo naturaleza de diamante, Así, de idéntica naturaleza, aunque a los ojos miopes con muy distintas apariencias reluzcan, son el orgullo—que no es vanidad, soberbia, ni vanagloria—y la humildad—que no quiere decir, como tantos creen, apocamiento, bajeza, ni servilismo.

He aquí ¡oh don Perfecto! cómo no es difícil que, en mi perenne y tortuoso recorrer las veredas y atajos del espíritu, me encuentre alguna vez, gracias al oro obrizo de mi orgullo, o al fresco pozo de mi humildad—que será como te parezca mejor—con que llevo de compañero de viaje, si no al que se apareció a Magdalena vestido de jardinero, por lo menos a Francisco de Asís, el dulce hermano seráfico. Y he aquí cómo no es tampoco difícil, ¡oh hermano don Perfecto! que alguna vez yo del buen encuentro imprevisto me aproveche, y asido a los cordones del Santo, y detrás de él, y en pos del buen Señor Jesús me vaya, a entrarme en esa bienaventuranza de que tú, venturado de tí, gozas desde ahora, para gozármela yo entonces a título de buena conquista y en paz, tal y tan bien como tú

¡oh hermano envidiable! desde ahora y sin haberla conquistado te la gozas, por los siglos de los siglos. Amén.

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ<sup>1</sup>

(Del *Camino de perfección*, 1 Vol. Ed. de la Librería P. Ollendorff, París).



---

<sup>1</sup> Un artista y un pensador distinguido de Venezuela. Son sus obras: Viajes: *Sensaciones de Viaje, De mis romerías*; Cuentos: *Confidencias de Psiquis, Cuentos de Color*; Novelas: *Idolos rotos, Sangre Patricia*; Crítica: *Camino de perfección*.

## EL DIENTE ROTO

A los doce años, combatiendo Juan Peña con unos granujas, recibió un guijarro sobre un diente; la sangre corrió lavándole el sucio de la cara, y el diente se partió en forma de sierra. Desde ese día principia la edad de oro de Juan Peña.

Con la punta de la lengua, Juan tentaba sin cesar el diente roto; el cuerpo inmóvil, vaga la mirada — sin pensar. Así de alborotador y pendenciero, tornóse en callado y tranquilo.

Los padres de Juan, hartos de escuchar quejas de los vecinos y transeuntes, víctimas de las perversidades del chico, y que habían agotado toda clase de reprimendas y castigos, estaban ahora estupefactos y angustiados con la súbita transformación de Juan.

Juan no chistaba y permanecía horas enteras en actitud hierática, como en éxtasis; mientras, allá adentro, en la oscuridad de la boca cerrada, su lengua acariciaba el diente roto—sin pensar.

—El niño no está bien, Pablo, decía la madre al marido; hay que llamar al médico.

Llegó el doctor grave y panzudo y procedió al diagnóstico: buen pulso, mofletes sanguíneos, excelente apetito, ningún síntoma de enfermedad.

—Señora, terminó por decir el sabio, después de un largo examen, la santidad de mi profesión me impone declarar a Ud...

—Qué, señor doctor de mi alma? interrumpió la angustiada madre.

—Que su hijo está mejor que una manzana. Lo que sí es indiscutible, continuó con voz misteriosa, es que estamos en presencia de un caso fenomenal: su hijo de Ud., mi estimable señora, sufre de lo que hoy llamamos el mal de pensar; en una palabra, su hijo es un filósofo precoz, un genio tal vez.

En la oscuridad de la boca, Juan acariciaba su diente roto—sin pensar.

Parientes y amigos se hicieron eco de la opinión del doctor, acogida con júbilo inde-

cible por los padres de Juan. Pronto, en el pueblo todo, se citó el caso admirable del «niño prodigio», y su fama se aumentó como una bomba de papel hinchada de humo. Hasta el maestro de escuela, que lo había tenido por la más lerda cabeza del orbe, se sometió a la opinión general, por aquello de que voz del pueblo es voz del cielo. Quien más, quien menos, cada cual traía a colación un ejemplo: Demóstenes comía arena, Shakespeare era un pilluelo desarrapado, Edison, etc.

Creció Juan Peña en medio de libros abiertos ante sus ojos, pero que no leía, distraído por la tarea de su lengua ocupada en tocar la pequeña sierra del diente roto—sin pensar.

Y con su cuerpo crecía su reputación de hombre juicioso, sabio y «profundo», y nadie se cansaba de alabar el talento maravilloso de Juan.

En plena juventud, las más hermosas mujeres trataban de seducir y conquistar aquel espíritu superior, entregado a hondas meditaciones, para los demás, pero que en la oscuridad de su boca tentaba el diente roto—sin pensar.

Pasaron meses y años y Juan Peña fue

diputado, académico, ministro, y estaba a punto de ser coronado Presidente de la República, cuando la apoplejía lo sorprendió acariciándose su diente roto con la punta de la lengua.

Y doblaron las campanas, y fué decretado un riguroso duelo nacional; un orador lloró en una fúnebre oración á nombre de la patria, y cayeron rosas y lágrimas sobre la tumba del grande hombre que no había tenido tiempo de pensar.

PEDRO-EMILIO COLL<sup>1</sup>



---

<sup>1</sup> Otra de las vigorosas personalidades literarias de Venezuela. Obras suyas; *El Castillo de Elsinor* y *Homúnculus*.

## EL FIN DE NICARAGUA

**C**UANDO el yanqui William Walker llevó a Nicaragua sus rifles de ojos azules, se hallaban los Estados Unidos harto preocupados con sus asuntos de esclavistas y antiesclavistas, y el futuro imperialismo estaba en ciernes. Si no, ha tiempo que Nicaragua ¡qué digo! las cinco repúblicas de la América Central serían una estrella, o parte de una estrella del pabellón norteamericano.

Los manes de William Walker deben estar hoy regocijados... Era aquel filibustero culto y valiente, y de ideas dominadoras y de largas vistas tiránicas, según puede verse por sus «Memorias», ya en el original inglés, muy raro, ya en la traducción castellana de Fabio Carnevallini, también difícil de encontrar. En tiempo de

Walker era el tránsito por Nicaragua de aventureros que iban a California con la fiebre del oro. Y con unos vaporcitos en el Gran Lago o lago de Granada, comenzó la base de su fortuna el abuelo Vanderbilt, tronco de tanto archimillonario que hoy lleva su nombre. William Walker era ambicioso; mas el conquistador nórdico no llegó solamente por su propio esfuerzo, sino que fué llamado y apoyado por uno de los partidos en que se dividía el país. Luego habrían de arrepentirse los que creyeron preciso apoyarse en las armas del extranjero peligroso. Walker se comió el mandado, como suele decirse. Se impuso por el terror, con sus bien pertrechadas gentes. Sembró el espanto en Granada. Sus tiradores cazaban nicaragüenses como quien caza venados o conejos. Fusiló notables; incendió, arrasó. Y aún he alcanzado a oír cantar ciertas viejas coplas populares:

La pobre doña Sabina (?)  
un gran chasco le pasó,  
que por andar tras los yanques  
el diablo se la llevó.

No se decía yanquis, sino «yanques».

Por allá vienen los yanques  
con cotona colorada,  
gritando hurra! hurra! hurra!  
en Granada ya no hay nada.

Y llegó Walker a imperar en Granada, y tuvo partidarios nicaragüenses, y hasta algún cura le celebró en un sermón, con citas bíblicas y todo, en la parroquia. Pero el resto de Centro América acudió en ayuda de Nicaragua, y con apoyo de todos, y muy especialmente de Costa Rica, concluyó la guerra nacional echando fuera al intruso. El bucanero volvió á las andadas. Desembarcó en Honduras. Fué tomado prisionero en Trujillo, y, para evitar nuevas invasiones, se le fusiló. Y la defensa contra el famoso yanqui ha quedado como una de las páginas más brillantes de la historia solidaria de las cinco repúblicas centroamericanas.

\*

Y es allí, en esa misma ciudad de Granada de que habla la copla vieja, en donde, por odio al General Zelaya—a quien hoy echan de menos los nicaragüenses como los mejicanos a Porfirio Díaz—se formó una agrupación yanquista, que envió a Wásh-

ington actas en que se pedía la anexión, que paseó por las calles, entre músicas y vítores el pabellón de las bandas y estrellas, clamando por depender de la patria de Walker, dando vivas al Presidente de la Casa Blanca; y se buscó a cada paso la ocasión de la llegada de un ministro, de un cónsul, de un enviado cualquiera de los Estados Unidos, para manifestar las ansias del yugo washingtoniano, el masochismo del «big stick», el deseo del puntapié de la bota de New York, de New Orleans o de Chicago. Y entretanto de New Orleans y de New York iban los fondos para sustentar la revuelta, después que se hubo logrado la traición de Estrada—quien hoy de seguro lamentará su error trascendente—; y compañías como la United Fruit no escatimaban los dólares para la sangrienta fiesta de la muerte de que tan buen provecho se proponían sacar. Zelaya hizo bien en mandar ejecutar—después de juzgados militarmente, se entiende—a dos yanquis que fueron tomados en momentos en que ponían minas para hacer volar dos barcos llenos de soldados del gobierno, allá en la costa norte, que era el punto de la insurrección. Mas esa doble ejecución le costó la presidencia y le

valió el destierro. Y el apoyo y la simpatía que a Zelaya prestara y demostrara el viejo presidente mejicano, fué una de las causas de que los Estados Unidos, es decir, Mister Knox, viesen con buenos ojos la revolución de Madero; y Porfirio Díaz también cayó, al soplar el vendabal del lado del norte.

Cuando Zelaya entregó el poder a Madriz se creyó la revuelta debelada; y ya iba el gobierno a deshacer a los revolucionarios de Bluefields, cuando desembarcaron tropas yanquis que apoyaron á Estrada, Chamorro y demás sublevados. Cayó Madriz y se constituyó un nuevo gobierno; el partido conservador, que antes de Zelaya había mandado treinta años y que con Zelaya estuviera aplastado diez y siete, renació pero para cometer peores cosas que aquellas de que acusaban al gobierno liberal. Se tomó todo lo que se pudo del tesoro exhausto; se ordenó pagar enormes sumas á los prohombres conservadores. Y el país miserable, arruinado, hambriento, con el cambio al dos mil, veía llegada su última hora. Los yanquis ofrecieron dinero; y enviaron una comisión para encargarse del cobro de los impuestos de aduana, después de la llegada de cierto famoso Mr. Dawson, perito en tales enten-

deres por su práctica en Panamá y en la República Dominicana. Y se iba a realizar la venta del país con un ruinosísimo empréstito, negociado en Wáshington por el ministro Castrillo, cuando, felizmente, algunas voces cuerdas y humanas se oyeron en el congreso de los Estados Unidos y a pesar de los senadores interesados y de los deseos del gobierno, el empréstito no fué aprobado. Mas, de hecho, el imperio norteamericano se extendía sobre el territorio nicaragüense y la pérdida implícita de la soberanía era una triste realidad aunque no hubiese ninguna clara declaración al respecto. Hombres de cierto influjo, como los Arellanos, de Granada, habían fomentado los designios del grupo anexionista. No se ha contado por la prensa nicaragüense un detalle indigno? Dícese que estando reunido el Congreso de Nicaragua para tratar de la reforma de la Constitución se recibió un cablegrama de la Casa Blanca, en el cual se ordenaba—esa es la palabra—se ordenaba que no se tratase de la reforma de la Constitución hasta que llegase un comisionado del gobierno de los Estados Unidos... Si esto no es ya perder completamente la nacionalidad, que venga Wáshington y lo diga—por-

que ya sería tarde para preguntárselo a San Martín o a Bolívar.

\*

Entretanto, en el partido conservador surge un cisma, una desagregación mortal. Unos quieren que sea presidente el que por de pronto ocupa el puesto, Adolfo Díaz, <sup>1</sup>hombre civil, hijo del poeta Carmen Díaz, de honesta memoria; otros que sea el rústico y tremendo general Mena, hombre de machete y popular boga en los departamentos de Oriente; otros que sea el general Chamorro, simpático a la capital; otros que sea el alejado Estrada, el hombre del primer golpe, después venido a menos y que partió a Norte América; y aun creo que hay otros candidatos más. Y así el partido se dividió; quedó en la presidencia Díaz, pero Mena, ministro de la guerra, tenía las armas y dominaba el ejército; y Díaz no podía disponer nada, ni emprender nada sin la anuencia y aprobación de Mena; presidía pero no gobernaba, con la amenaza constante de un golpe militar. Y llegó el momento en que, instigado por sus

---

<sup>1</sup> Este salió por fin electo presidente.--*N. del E.*

partidarios, pensó en deshacerse de la tutela de su ministro de la guerra; mas éste paró el golpe, y, como supiese que para los Estados Unidos no era «persona grata», no aguardó las elecciones y se rebeló contra el gobierno de Díaz. Díaz entonces pide apoyo a los prohombres de la Casa Blanca, y la ocasión para repetir lo de Cuba y lo de Panamá no pudo ser más propicia a Knox y Compañía. De los barcos de guerra anclados en los puertos de Corinto y de Bluefields desembarcaron tropas para imponer el orden, para «proteger las legaciones», como si se tratase de contener hordas chinas. En el interior se renuevan los odios entre Granada y León, y en las escenas de guerra se retrocede cincuenta años; odios de campanario, odios de bandería, odios odiosos de grotescos Montescos y absurdos Capuletos. Vuelven a verse el incendio y la matanza entre las dos ciudades rivales; incendios como el que destruyera a Granada antaño, matanzas como aquella en que fué arrastrado á la cola de un caballo el cuerpo de mi tío abuelo «el indio Darío».

Y los Estados Unidos, con la aprobación de las naciones de Europa—y quizá de algunas de América...—ocuparán el territorio

nicaragüense, territorio que les conviene, tanto por la vecindad de Panamá, como porque entra en la posibilidad el realizar el otro paso interoceánico por Nicaragua; por las necesidades comerciales u otras: y así se aprovecharán los estudios ya hechos por ingenieros de la marina norteamericana como el cubano Menocal. Y la soberanía nicaragüense será un recuerdo en la historia de las repúblicas americanas.

RUBÉN DARÍO

(De *La Nación* de Buenos Aires).

28 Septiembre, 1912.



## BALADA DEL CORTIJO

*Paul Fort.*

Murió la pobre, la dulce niña.  
Murió en el tiempo de sus amores;  
Sobre los hombros, los aldeanos  
La condujeron al cementerio  
Á las primeras luces del día.

Allí, en silencio, bajo la tierra  
La abandonaron, envuelta en gasas,  
Y ahora duerme, pálida y sola,  
Bajo los árboles del cementerio.

Con risas francas, los aldeanos  
Tornaron, lentos...  
Sobre los bosques y en las colinas  
Aun deshojaba rosas la tarde.

Luego cantaron: «Es el destino  
De cada cual; la pobrecilla  
Murió en el tiempo de sus amores...»

Después, como antes, volvieron todos  
A sus cortijos y a su labor.

# CÁNTICO DE LAS CRIATURAS

DE FRANCISCO DE ASÍS.

*Lodato sia, Dio mio Signore,  
Con tutte le tue creature!*

Gloria, Señor, a ti y a todas tus criaturas!  
Y gloria a nuestro Padre el Sol que nos da el día  
Y es en el Universo nuestra antorcha fecunda,  
El Sol que alumbra el campo, los bosques y los ríos,  
Cuya cándida lumbre, radiante, benigna,  
Es un reflejo apenas de tu esplendor, oh, Altísimo!

Gloria, Señor, a ti por nuestra hermana luna,  
Y todas las estrellas que brillan en el cielo:  
Tan suaves, tan remotas, tan tímidas, tan puras!

Gloria, Señor, a ti por nuestro hermano el viento,  
Y la lluvia y las nubes, y el bueno y el mal tiempo!

Gloria, Señor, a ti por nuestra hermana agua,  
Que es útil y preciosa, y es humilde y es casta!

Gloria, Señor, a ti por nuestro hermano el fuego:  
Por él la noche es clara, y es potente y risueño!

Gloria, Señor, a ti por mis hermanas aves  
Que tienen lindas plumas y trinos inefables!

Gloria, Señor, a ti por los mansos corderos,  
La alegre golondrina, la parlera cigarra,  
Y por nuestros hermanos el buey, el asno, el lobo,  
Y por mi hermana alondra, tan apacible y parca,  
Que va por los caminos en busca de una espiga,  
Y, cuando se remonta la alondra, nuestra hermana,  
Es tan dulce su canto que los trabajadores  
Su labor interrumpen y los ojos levantan!

Gloria, Señor, a ti y a todas tus criaturas!

CORNELIO HISPANO<sup>1</sup>

(De *Elegías Caucanas* 1 Vol, Ed. de la Librería  
P. Ollendorff. París).



---

<sup>1</sup> De Colombia. Su excelente labor poética comprende hasta ahora: *El Jardín de las Hespérides*, *Leyenda de Oro*, y *Elegías Caucanas*.

## LA VIEJA TONADA

**R**ECORRIENDO villas y lugares iba el mendigo ciego, triste cantor de los amores muertos.

Glosando las penas de su alma en dulces tonadas soñolientas, conmovía a las sencillas gentes aldeanas, que le daban para vivir. Era tanto como irse comiendo su propio corazón!

Un gozquezuelo larguirucho y enano, sucio y pelambroso como una zalea gris, le guiaba en las marchas, lentas y fatigosas, por las carreteras empolvadas y los ásperos caminos de herradura.

Era el ciego un viejecito achaparrado y fuerte. El cierzo y la solana habían puesto mascarilla de bronce antiguo en su rostro varonil y austero, nimbado por una barba recia y cana y unos albos cabellos rapados a cercén.

Su ropilla remendada y pobre denotaba limpieza y pulcritud so la capa de polvo del camino.

Pregonando el abolengo moruno de su raza tocábase el ciego con un pañuelo de chillones colores desteñidos, liado a guisa de turbante.

Una corta blusilla de amplios vuelos y un burdo pantalón de pana gris componían la indumentaria del mendigo, cuyos pies desnudos y curtidos negreaban entre los lazos de unas pobres alpargatas miñoneras.

En un petate moreno, acomodado bajo la axila, guardaba, en rabiosa promiscuidad, mudas y viandas, oraciones en ripios heréticos a los santos más milagreros del martirologio; romances truculentos de tragedias sonadas, calendarios, medallas, oráculos y libritos de cartas para enamorados.

A la espalda, como una cruz, la guitarra vieja y destemplada, bien envuelta en su funda de bayeta verde con rayas negras.

Así caminaba, a pasitos cortos; explorando con la recia cayada que armaba su diestra los menudos accidentes del camino; cabeceando sin cesar para adelantar los oídos avisadores del riesgo que los ojos sin luz no podían avisarle; reteniendo con la

mano izquierda el cordel del gozque que iba de descubierta.

Pícaro animalejo! Más de una vez y más de dos, por seguir a la hembra encontradiza y perversa, sacó a su pobre amo de la tría, obligándole a piruetear por malezas y pedregales.

Estas deslealtades del avieso animal tenían siempre el mismo epílogo.

Tan pronto el cieguecito advertía la mala pasada, recogía el cordel con hábil presteza y esgrimiendo certero la cayada nudosa tundía el lomo flacucho de la bestezuela.

Iba la paliza salpimentada de pintorescos adjetivos; y pasada la furia del momento, venían los reproches ingenuos, las querellas amistosas, tal que si el gozque fuera un muchacho travieso, un lazarillo de la *picaresca*.

Gozaba el ciego de una gran popularidad en el contorno.

Jovial y dicharero, para todos los trances de la vida tenía una ocurrencia sentenciosa y feliz. Nunca le faltó la ristra de píropos para hablar con las mozas, ni la retahíla de consejos pícaros para hablar con los mozos, ni la zalema respetuosa y grata para hablar con las gentes maduras.

A los pastores y labriegos que tropezaba

en sus correrías, predecíales el tiempo; a los arrieros y traginantes, dábales noticia de los mercados; tenía además sus pujos de abogado y de curandero que le permitían terciar en muchas querellas y procurar alivio a los mermados de salud.

Pero no derivaban de esta compleja multitud de habilidades su gran prestigio y popularidad.

Eran sus tonadas, melosas y dulces, sencillas y apacibles, las que engendraban y sostenían su gran predicamento; aquellas tonadas lentas y monótonas, que repetían jóvenes y niños desde que arribaba a un lugar hasta que retornaba con otras más sabrosas y nuevas.

Sabedor el buen viejo de su notoriedad, vivía feliz y contento, orgulloso de su condición que no cambiaría por la del más alto magnate de la tierra.

Era día feriado. El sol mañanero llovía su bendición de luz sobre la alegre plazoleta aldeana. De los campos, en plena floración, llegaba un airecillo tibio, perfumado de aromas silvestres.

Pasaban rasando el suelo, las bellas golondrinas con la brizna en el pico. Altos, muy altos, describían los chillones vencejos curvas de vértigo y de locura.

Salían las gentes de misa. A la puerta de la iglesia, minúscula y bella, formaban grupos los mozallones, aventurando un rudo chicoleo al paso de las mozas, sanotas y fuertes, apetitosas y un poco insinuantes, bajo el aire estudiado de un pudoroso recato honesto.

A esta sazón irrumpió en la plaza el mendigo ciego, precedido del gozque que venía cansino y taciturno, gachas las orejas y turbio el mirar, más sobrado de jornada que harto de ración.

Se recibió al huesped con júbilo grande.

—El ciego de El Tallar! El ciego de El Tallar!

Habría tiernas historias y consejas pícaras hasta la hora de comer; y luego, a la tarde, baile y zambra, al son de la vieja guitarra sabedora de muchas y muy amenas curiosidades. Fiesta, gran fiesta para los aldeanos, víctimas de la vida apaisada, siempre igual!

A la puerta de la taberna, donde unos hospitalarios vecinos le ofrecieran vinillo

cristiano, con que mitigar la sed, detúvose el ciego.

Pronto se formó, en su redor, un ancho corro.

Disputábanse todos la primacia en saludar al viejo mendigo, quien notándose objeto de una tan ingenua admiración y de un afecto leal y sencillo, sonreía benévolo, presto a complacer a sus buenos amigos que le demandaban lindas consejas.

Desenfundó la guitarra vetusta y rió en su barniz añoso el sol juguetón de la mañana, con una despiadada travesura que ponía al descubierto los pedazos de tela encolada, adheridos a la caja sonora, glorioso trofeo de una recia batalla por la vida.

Mientras un mocetón alto y cenceño trazaba en el polvo un ancho círculo para contener a las gentes, los dedos toscos del ciego corrieron ágiles por el mástil.

Gimieron a dúo la prima y el bordón; y, a tono con ellos, empezó la tonada, suave y plañidera; blanda y apacible como una rima de Virgilio, como una estrofa de Garcilaso:

«Así Dios me perdone, como yo la perdono; que en estas agridulces andanzas del querer, valen bien por un siglo de angustias y quebrantos un día de victoria, una hora de placer.»

Y siguió la mansa tarantela, que, vertida al romance, vino a decir así:

—Aunque viéndome agora cascado, inútil y achaquiento, trabajo y no poco ha de costaros creer lo que os digo, tuve yo también mis veinte años. Y bien gallardos que eran, y nada encogedizos y muy mucho jacareros. Por fuerte pasaba y diz que no por feo. Y aún añaden los que tal recuerdan, que más bien pecaba de audaz y majetón que de tímido ante *ellas* y de medroso ante *ellos*.

Quién lo dijera — verdad buenos amigos?—viéndome en esta guisa deplorable, pordioseando mendrugos y con un pobre can por valedor!

Pero sí, sí que fuí mozo famoso en la *redolada* de mi lugar. En el trabajo y en la jácara, en la guapeza y en el amor, era el primero. Mi guitarra, esta pobre reliquia que es ahora mi arma de combate, sonaba amante o desafiadora en las rondeñas, abrumada de cintas y de lazos que para ella tejían ufanas las más cuidadosas manos del lugar; amable tributo que mi gentileza admitía a rédito de dulces canciones y de ramos floridos en las noches alegres de verbena.

Amaba—cómo no?—y a fé que fué mi

amor amor tirano y usurero. Por una sola mirada prometedora obtuve, a las veces, caudales de buen querer. Son los triunfos de amor como el buen vino, que entra suave y trastorna pronto. Y como fueron muchas a quererme, me reí de no pocas. Pero las tornas volviéronse muy pronto. El amor arrogante y desdeñoso, volviósese pasión humilde; y doblé la cerviz al yugo de otra gan usurera de amores, quizá vengadora de tristes desdeñadas. Aparentó quererme; creo que me quiso; tal vez me quisiera aún, a no haber sido yo vano y exigente, como buen logrador de victorias fáciles.

A su cariño, muerto en flor, le debo las mejores y también las peores horas de mi vida, ni breve ni siempre desastrosa.

Porque me olvidó; y tuvo la perversidad de olvidarme cuando ya mi albedrío era un juguete vil de sus antojos.

Sentí un dolor muy hondo; lloré en mis soledades; hasta ideas negras—ideas de bruto—rozáronme el majín.

—Mátala!—me decían los chavales, en pleno sarampión de amores.

—Véngate!—me decían los mozos curtidos, sabios en felonías para desprestigiar a la mujer ex-amante o ex-amada.

—Vete—me aconsejaban los viejos prudentes, temerosos de un arrebató de mi mocedad. Y yo, sereno les replicaba a todos:

—Ni matar, ni vengarme, ni huir. Llorar en silencio el bien perdido, habré de hacer; y dejar al tiempo, médico infalible y piadoso que todo lo cura, que me cure esta impía llaga del querer sin querer.

Se me rieron los chavales; por apocado; se me burlaron los mozos curtidos, por infeliz; y los viejos prudentes recelaron de mi calma fría, tragedias espantosas.

A cuantos quisieron oirme, les repetí lo mismo.

—Si a echar cuentas fuera, todavía estoy en deuda con esa mujer. Sufriendo por ella, toda la vida, no le pagaría el bien que me hizo en unos días, dándome su amor.

«Así Dios me perdone, como yo la perdono, que, en estas agridulces andanzas del querer, valen bien por un siglo de angustias y quebrantos un día de victoria, una hora de placer».

\*

Un leve murmullo de protesta emergió, ronco, de la multitud. Enmudeció la guitarra que quedó cruzada, como en desmayo

sobre el pecho del pedigüeño anciano. Y éste, ya sin música, les volvió a decir:

—No me sorprende vuestra desaprobación. Doquier que esta vieja tonada canto, me sucede igual. Y es que siempre fuimos los enamorados como los jugadores. El dinero que del juego viene estorba en las manos. Apenas tiene valor. En cambio el dinero que por el juego se va, duele como una entraña desprendida.

En el amor sucede lo mismo. Ninguna victoria lograda, ningún bien recibido, se apunta en el libro de la gratitud; pero todas las derrotas, todos los sinsabores se esculpen a fuego en la cuenta de los odios malos. No es esto egoísmo? No es algo de maldad también? Buena es la justicia, pero caso de torcerse, torcerla debemos del lado del perdón que exalta y no del lado de los rencores que envenenan las ajenas vidas y el propio corazón.

Conmovidas las gentes, pero no convencidas, quisieron en la protesta reincidir, mas la fábula del viejo salióles al paso, dulce y persuasiva.

—Creed buenos mozos que no es amor verdadero el amor que no sabe hacer del corazón del hombre algo como el árbol del

sándalo, arbusto generoso que le perfuma el filo al hacha que lo hiere.

Creed bellas rapazas que no puede llamarse amor el amor que no convierte el corazón femenino en rama de almendro bien cuajada de flor, que paga los golpes recibidos con una lluvia de pétalos blancos.

Así, así hay que amar. Os lo asegura uno que bien lo sabe. Porque no hay mujer siempre altiva para el desdeñado que perdona, ni hombre siempre duro para la desdeñada que se resigna y quiere...

Aquí, la voz del ciego trovador se hizo más gangosa, más opaca. Las últimas palabras cayeron de sus labios sueltas, desgranadas, con dejo de oración.

Su rostro apacible bañóse en una sonrisa de luz, y de los pobres ojos muertos deslizáronse calladas y humildes dos gruesas lágrimas que, un punto, titilaron quietas y luego fueron a perderse entre los blancos hilos de la recia barba.

JUAN JOSÉ LORENTE

(Del volumen *Cuentistas Aragoneses en prosa*).

---

Editor: — J. GARCÍA MONJE